IX

Del rincón de mis autógrafos

De vez en cuando —las pocas veces y los pocos cuandos que el menester diario lo consiente— gusto yo de acogerme a un rinconcito de mi despacho, donde papeleo y hago solitarios con cartas y papeles relativamente viejos, poniéndoles rótulos y apostillas esclarecedoras. Es el rincón de mis autógrafos. En él, dentro de un mueblecete clasificador, almaceno no pocos, que sin compras ni hurtos han venido a ser míos. Los retratos del Marqués de San Gregorio y de don Luis Silvela, mis deudos, presiden el tesorillo epistolar. Ellos fueron los iniciadores de archivar las cartas algo notables que recibían o les dieron; añadí a ellas varias que la herencia, el azar o la bondad de otros pusieron en mis manos, y así, poco a poco, se formó algo que a colección no llega, porque le faltan propósito y sistema; pero que de montón pasa. Es como una ropavejería literaria; un común acervo de epístolas, recortes y manuscritos debidos a múltiples plumas y sobre múltiples materias, en el cual espigué ya más de un original desconocido para dar valor a distintos trabajillos míos que han ido saliendo a luz.

De allí, por ejemplo, salieron las cartas de don Bartolomé José Gallardo que aparecieron en este Boletín el año 1924 (1); de allí, la correspondencia cruzada en-

(1) Por cierto que he rectificado posteriormente la hipótesis que entonces desarrollé utilizando los datos que me proporcionara nuestro correspondiente granadino Díaz Martín (q. e. p. d.). Casi

tre don Francisco Giner, Salmerón, Azcárate y Silvela (L.), relativa a los orígenes de la Institución Libre de Enseñanza que publiqué en la *Revista General de la Legislación y Jurisprudencia* por aquel tiempo; de allí también varias cartas que en extracto cité al comentar en *Blanco y Negro* el interesante libro del Marqués de Lema *De la Revolución a la Restauración,* bajo el epígrafe "De Isabel II a Alfonso XII", alguna de las cuales inserto luego íntegras; y de allí ahora, cosechando en huerto ajeno, ya que el propio por fas o por nefas no está hoy para frutos nuevos, y algo he de aportar a la labor colectiva de este volumen *centenal,* me dispongo a que salgan a estas columnas algunas de las hojas desconocidas que dormitan en los tableros de mi archivador.

Por lo indicado, ya se ve que no se trata, ¡qué ha de tratarse!, de palimpsestos ni de rarezas de criptografía diplomática. No ya Maspero con sus papiros epistolares egipcios, Juan de Avila y Quevedo, los de los deliciosos epistolarios, se avergonzarían de que sólo con nombrarles a este propósito los evocara. Los más de mis manuscritos son contemporáneos míos, no tienen pretensiones literarias y no forman serie. Cazados al vuelo, han venido a juntarse en mi muestrario de autógrafos como las distintas especies de lepidópteros en los

---

seguramente, no fué don José Vicente Alonso el corresponsal erudito a quien iban dirigidas las cartas de Gallardo, aunque después de todo no lamento haber divulgado con tal ocasión datos biográficos poco conocidos de aquel estimable literato. Releyendo más tarde *La batalla de Lucena* y las notas de su autor, don Agustín González Amezúa, me he persuadido de que el letrado y escritor con quien se carteaba *el Galán fantasma* era don José Fernández Guerra, padre de don Aureliano y don Luis. Pero lo más curioso del caso es que, habiendo errado el camino en cuanto a este intermediario entre don Bartolomé José y su valedora, acerté, a mi juicio, en todo respecto de quien sería *la Dama Duende.* Esta, en ambas hipótesis, es siempre doña Micaela Catalina Díez de Tejada, tercera Condesa de Luque, de quien consta fehacientemente que Fernández Guerra era devoto admirador y amigo.

estantes de un coleccionador de mariposas. Y si ello es chifladura, reconózcase que los chiflados tenemos a veces atisbos videntes. Sin ellos, no hubiera yo conservado una misiva que, censurando a Weyler, escribía desde Candelaria (Cuba) en 1896 cierto joven coronel que andando los tiempos llegó a ser el Dictador de España (1), y al cesto de los papeles rotos habría ido en su día una esquela en la que emitía juicios benóvolos acerca de mis conferencias sobre la Revolución de Portugal un entonces incipiente diputado, aunque ya agasajado orador, que tres lustros más tarde sería el jefe de la Revolución Española y luego el primer Presidente de nuestra segunda República (2).

De la heterogeneidad del epistolar conjunto da idea la tabla-vitrina superior del mueble. Un breve billete

(1) "Estoy muy contento —decía en uno de los párrafos don Miguel Primo de Rivera— con buen ánimo y salud personal, pero tristemente impresionado de todo esto, y no porque me tema que no acabemos sino porque tardaremos mucho más de lo necesario y de lo que las angustias de la Patria demandan... Sólo una cosa sigue buena, inmejorable, y no es alarde poético vulgar, el soldado; ni una queja, ni una falta de disciplina, ni una vacilación; es admirable. Weyler no sé si trata de entretener el tiempo o cree que no corre prisa; pero me llego a esperar hasta que pida más gente, que sería una infamia porque la hay de sobra, o que aplace para otro invierno sus planes, así como si se tratase de una feria... Lo difícil es y será siempre matar el espíritu de rebelión que en el país hay, la guerra chica, las partidillas, las que se esconden; pero a Antonio Maceo con la sobra de hombres, *dinero* y elementos de que disponemos es ya una gran vergüenza por que nos hacen pasar no haberle vencido. ¿Y es que falta al jefe de la columna o la tropa que manda valor o arte? No. Donde falta el arte es arriba... Unase a esto que el 80 por 100 de los jefes de columna prefieren no encontrar al enemigo, que otros están aquí a su avío, coger un empleíto y a casa o ahorrar centenes y otras miserias, y se comprenderá que aunque joven, con ambición, con salud, bien recibido y querido de jefes y compañeros, esté amargado porque la mayor recompensa, la seguridad de pertenecer a un Ejército que haya servido eficazmente a la Patria, voy perdiendo la esperanza de tenerla."

(2) No he de reproducir texto ninguno de personas que aún viven.

de la reina Isabel Farnesio a su hijo Carlos III, siendo aún rey de las Dos Sicilias (1), conservado bajo el sobre original lacrado en negro con el doble escudo familiar orlado por la leyenda *Elisabeth Dei Gratia Hispaniarum Regina,* da cierto empaque de vetustez a lo que le rodea. En la misma fila hay una de las cartas de Isabel II que después copiaré; una firma de León XIII al pie de un retrato; un pensamiento de monsieur Billault, el conocido ministro del segundo Imperio, copiado de puño y letra de la emperatriz Eugenia; y la "carta de los gatos", de Serrano a don Manuel Silvela, que más adelante verá el lector. Debajo de esa hilera, entre unos renglones de Pedro Antonio de Alarcón y un salvoconducto expedido por el dictador portugués Sidonio Paes a favor de Fidelino de Figueiredo, hay tres cartas curiosas, cada cual en su estilo; una de don Juan Prim a don Manuel Silvela, de agosto de 1869, referente al general Cialdini, luego duque de Gaeta, que posteriormente vino a Madrid acompañando al Rey Amadeo (2); otra del gran financiero, cuanto deplorable ortógrafo, marqués de Salamanca rogando a Luis Silvela le dispense que no *balla* personalmente a verle, y otra del Pa-

---

(1) Está en francés. El sobre, bajo una cruz, dice: "Au Roy des Deux Siciles mon tres cher fils." Y el billete, sin encabezamiento ni firma, reza así, bajo otra cruz: "A St Yldephonse ce 20 Octbre. —J'ay receu avec tout le plaisir possible mon tres cher fils vos deux Lettres du 23 ct. et du 30 du mois passé je suis ravie que vous soyes touts bien que la Reine continue heureusement dans sa grossese malgré ses chagrins et que vous ayes fait de si belles chasses. Ici il a neigé hier tout le jour imaginés vous comment son mes yeux. La pauvre Solferino est morte celà m'â fait beaucoup de compassion et je vous remercie des nouvelles que vous m'avés envoyées, et n'en ayant point ici je finirai mon tres cher fils de ma vie en vous embrassant, et les petits de tout mon coeur." Transcripcion literal.

(Es donación de don Andrés de Retana, hermano de don Wenceslao, nuestro malogrado compañero de Academia.)

(2) "Cher Camarade. Cuando tenga usted la bondad de conceder la Gran Cruz de Carlos 3.º al Gl. Cialdini hay que ponerle Mariscal. Tout a vous. Prim."

dre Coloma al marqués de Mochales (1), su fraternal amigo, enviándole para don Antonio Cánovas del Castillo un ejemplar de sus *Pequeñeces*.

"Está él tan alto —le dice— y soy tan poca cosa en el mundo, que me hubiera parecido el hacerlo, sin más antecedentes, un atrevimiento por mi parte. Por eso he agradecido doblemente lo que de la suya me dices, y esto me anima a hacer lo que, por las razones que te digo, no hice antes, suplicándote le entregues en mi nombre el adjunto ejemplar de la discutida obra, en la que su superior criterio verá sin duda alguna lo que *yo digo*, y no lo que han querido *hacerme decir*." Por cierto que en otras cartas del mismo al mismo, que guardo bajo la extractada, se lamenta el firmante de que se le extraviasen al principio algunos ejemplares de su novela, de los cuales, supone, "alguien se incautó en el correo, pues además de ser estos hurtos muy frecuentes en todos tiempos, en aquél, que había un furor por encontrar ese libro, sufrieron muchos igual suerte". Y se ríe de cierta caricatura suya publicada. "Está sacada de un retrato, no mejor hecho que ésta. El retrato ha dado ya la vuelta al mundo —dice el luego autor de *Boy*—, pues el otro día lo vi en una revista mejicana y otra de la República Argentina. Todas las precauciones que tomé para que no pescasen ningún retrato mío me salieron fallidas, pues lograron, no sé cómo, uno de mis tiempos juveniles y otro de ahora."

La miscelánea de manuscritos, en la que he procurado poner algún orden, sigue en los tableros inferiores, clasificados hasta cierto punto en secciones, con arreglo a la calidad de sus autores. Personajes regios, jefes de gobierno nacionales y extranjeros, políticos, literatos, penalistas, médicos, artistas, guerreros, damas notables, han aportado allí por lo menos su nombre y su rúbrica.

---

(1) El Marqués, de quien fuí Secretario particular en mi juventud, me autorizó para que quedaran en mi poder estas cartas y algunas otras.

De firmas poseo también algunas simpáticas agrupaciones que difícilmente podrían reunirse hoy. Tal es, por ejemplo, una circular recomendando la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra que suscriben de su letra Gil y Zárate, Valdegamas y don Juan Nicasio Gallego. Tal, también, una invitación a don Francisco Silvela para constituír la Asociación de Autores Españoles, a cuyo pie firman Cayetano Rossell, Ventura Ruiz Aguilera, Hurtado (el autor de *Barba Azul*), Eduardo Gasset, Gustavo Adolfo Bécquer, Eduardo Bustillo (el *Ciego de Buenavista*), Julio Nombela y José Martín Escuder. Son intrínsecamente, a los ojos escépticos de la ignorancia, o a los insoportables del saber pedante, garrapatos sin valor y rúbricas inexpresivas; papeluchos que mil personas hubieran podido archivar si quisieran, pero que no quisieron, y que hoy, ante el mirar reflexivo y atento de quien se para ante ellos, parecen evocar toda la vida intelectual de la segunda mitad del siglo XIX. Que ni fué tan estúpido como quiso León Daudet ni debe parecernos tan desdeñable mirándolo a través de los bárbaros desvaríos en que suele incurrir el XX.

Otras varias chucherías literarias conservaron entre sus papeles, como florecillas disecadas, mis antecesores, y de ellos han pasado a los míos. Don Tomás Corral, marqués de San Gregorio —el fundador de la colección pudiera decirse, si los dos sustantivos no resultasen desproporcionados al modesto conato guardador— fué, como es sabido, además de médico eminente, un exquisito cultivador de las letras a quien la Academia Española, honrándose, llamó a su seno (1); y aunque exigencias de su profesión le retrajeran de la asidua práctica de la literatura, la aridez de la ciencia de curar no ex-

(1) El más valioso autógrafo que poseyó Corral lo cedió generosamente a la Academia de la Lengua. Era el borrador de *El bastardo Mudarra,* escrito y firmado por Lope de Vega. Había pertenecido a la librería de don Salustiano Olózaga y el hermano de éste, don José, se lo había regalado a Corral.

tinguió en él la afición al arte de escribir, afición que nació en su espíritu allá en los remotos tiempos escolares cuando en las aulas de la Facultad de Medicina *Tomelio,* como él se apodaba, y *Solino,* el luego sabio don Dionisio Solís, rindiendo culto a las musas más que a Esculapio, ponían en solfa a sus maestros Argumosa, Asuero y otros, en no mal concertados octosílabos. Esta afición le rodeó presto de amistades literarias que luego acrecentó, y Arnao, Rodríguez Rubí, Ventura de la Vega, Antonio Flores y Torres Muñoz de Luna solían cartearse con él en renglones cortos, siendo una conocida muestra de ello la misiva en esdrújulos que Vega publicó en la edición parisiense de sus *Obras poéticas,* y que empieza:

No pienses que esta epístola,
Corral excelentísimo,
va dirigida al célebre
de Hipócrates discípulo...

En cambio, no ha logrado fama de metrificador el autor de *Ayer, hoy y mañana,* quien lo era muy fácil a juzgar por unos versos dedicados a la marquesa de San Gregorio

desde el Real de San Lorenzo
que llama Escorial el vulgo,
a veintiséis de Septiembre
del año sesenta y uno...
escritos sobre una peña,
debajo de otros pedruscos,
con piedra al lado derecho
y piedra al costado zurdo.

A estos y otros autógrafos de literatos que reunió Corral, su yerno Luis Silvela añadió más, ya cosechados por él directamente, ya suministrados por el afecto de sus hermanos. Del tiempo en que don Manuel fué director de Instrucción pública en 1865 hay varios muy apreciables, tales como una carta de Ayala en la que parece aludirse a las dificultades que oponían sus adver-

sarios a que fuera nombrado director del Conservatorio, puesto que luego le declararon incompatible con el de diputado a Cortes; otra de Ventura de la Vega escrita un mes antes de morir, pidiendo licencia para Cambo "a ver si logro prepararme para pasar el próximo invierno menos mal"; otras de Hartzenbusch, de Bretón de los Herreros, de Segovia. A veces, el autógrafo es doble. Campoamor, por ejemplo, pide un día al mayor de los Silvelas una recomendación para su hermano, catedrático de Mercantil, "aunque no estoy cierto —dice— si aplica su mucho talento con tanta afición al estudio como a hacer versos, dignos de un gran poeta"; y en el mismo pliego escribe *Velisla* a *Elías Visllu* (1): "Querido Luis: guarda este autógrafo y procura complacer a su autor, aunque me temo que su recomendado sea más competente en endecasílabos que en interdictos".

Del mismo género hay otro. Un día, en la Academia Española, Manuel Silvela está sentado al lado del futuro autor de *Consuelo*. Este, distraído, va dibujando en un papel que tiene delante un paisaje verdaderamente lamentable: una casa que se cae de espaldas; dos arbolillos estilizados de puro escuálidos; un vivero que parece un pentágrama. De pronto, le sopla Talía y en la misma hoja escribe con lápiz este diálogo:

—Soy justo: las faltas que hallo
con mi lengua las castigo.
—Dios me libre de su fallo.
—Y aun soy generoso. Callo
mucho más de lo que digo.
—¡Oh, qué justo! Siempre estás
con celo, con frenesí
corrigiendo a los demás.
¡Qué generoso! Jamás
te has acordado de ti.
Tu modestia considero
y me confundo y abismo,

(1) Transparentes anagramas con que ambos Silvelas autorizaron varios de sus respectivos escritos.

pues juzgas más hacedero
corregir al mundo entero
que corregirte a ti mismo.

Y *Velisla* recoge el plieguecillo escribiendo al pie de las quintillas cuando se las manda a su hermano: "Fragmento de una comedia inédita de Adelardo Ayala, escrito por él en lápiz en la Academia. También le pertenece el singular dibujo de la vuelta que demuestra que no hubiera sido un rival terrible para Haes. Md., 30 de octubre de 1872" (1).

Pero por tener mayor conexión con nuestro Instituto, prefiero pasar ya, prescindiendo de otras minucias de ese corte, a aquellas otras que son como grajeas históricas, menudencias al margen de sucesos públicos españoles, que acaso interesen más a los lectores del BOLETÍN. De ellas hay varias y de diversas épocas, aun dando de lado a alguna que otra de más provecta edad o sobradamente moza para salir a ver mundos todavía. Y son también de distintas procedencias, alguna de las cuales no conozco con exactitud. Así, no sé con certeza la trayectoria que siguió hasta llegar a mi archivo una minuta de carta escrita desde París por don Francisco Javier de Burgos al infante don Francisco de Paula que, evidentemente, se relaciona con las primeras gestiones de éste para casar a uno de sus hijos con la reinita Isabel (2). Burgos, que fué uno de los principales

(1) Debió, en efecto, de quedarse inédita la comedia para la que estaban destinadas estas quintillas. Al menos, no me ha sido dado encontrar ese trozo, ni aun retocado, en ninguna de las comedias publicadas. El personaje retratado se parece a otros de Ayala, pero bien pudiera ser el *Yo, calamidad* de su obra *Yo,* en la que pensó siempre y no llegó a escribir.

(2) La familia Silvela tenía, de antiguo, vínculos de amistad con Burgos. Ya en 1826, el anterior don Manuel Silvela, *el afrancesado,* escribía a don Javier desde Burdeos llamándole "apreciabilísimo amigo" y aludiendo a enseñanzas que daba a los hijos del segundo. Después, don Francisco Agustín Silvela, hijo del *afrancesado* y padre de Manuel, Luis y Francisco, fué en cambio protegido

redactores del Estatuto, vivía a la sazón en la capital de Francia, emigrado y amargado por una campaña política que hasta afectó a su reputación moral. La minuta, extendida en papel con un sello en seco, borroso, donde bajo una corona condal hay dos escudos, dice así:

"Recibo con satisfacción y reconocimiento la carta que V. A. se ha servido escribirme con fha. de ayer. Manifestando al Conde de Parcent mis sentimientos sobre el noble proyecto de que vino a hablarme, yo no hice más que cumplir con una obligación de patriotismo. Creo que a cumplirla estarán igualmente dispuestos todos los buenos españoles, cualesquiera que sean sus principios políticos.

V. A. me honra manifestándome su deseo de que yo conozca al joven Príncipe que unido con la Reina N.ª S.ª D.ª Isabel 2.ª puede asegurar los prósperos destinos de nra. Patria. Yo celebraré la ocasión de tributarle un homenaje de respeto con la expresión afectuosa y sincera de la confianza que me inspira.

La actitud circunspecta y reservada que por decoro he tomado y conservo desde 1834, podrá limitar mi influencia y atenuar la importancia de mi cooperación. Pero si la consideración de que me han rodeado mi patriotismo enérgico, mi lealtad ardiente, una vida sin mancha y una carrera corrida con gloria puede contribuír al logro del generoso propósito de que V. A. me habla en su carta citada, cuente V. A. con que la emplearé, ufano de ver enlazado el obsequio a su persona con el bienestar de la España.

París, 20 de marzo de 1840."

Casó, en efecto, doña Isabel II con don Francisco de Asís, primogénito del Infante a quien Burgos con-

---

de Burgos, al cual llamaba en sus cartas unas veces "mi venerado y amado favorecedor", otras "mi protector". "Ver la lista de próceres —le escribía desde Avila en 21 de junio de 1834— y recorrerla con ansiosa curiosidad hasta hallar en ella el nombre de mi bienhechor todo fué uno. Nunca creí, sin embargo, que se desconociesen y dejasen de premiar los inmensos servicios hechos por usted al Trono y a la Nación; ni que quedase privada la grave y majestuosa Tribuna de los próceres de la voz que ha de honrarla, influyendo poderosamente en la resolución de las cuestiones vitales que se someterán sin duda a la representación nacional."

Deduzco, pues, de todo ello que el borrador de la carta inserta en el texto proviene lógicamente de los Silvelas, pero ignoro por qué ni cuándo ni cómo llegó a ellos. Dicho borrador no es todo él de letra de Burgos, pero sí lo son sus correcciones.

testara en tales términos. El primer alumbramiento de la joven Soberana fué un naufragio en el puerto. El esperado principito de Asturias nació muerto, sospechándose que fué por desmaña de los encargados de hacerle honores en el umbral de la vida. Narváez, presidente del Consejo, montó en cólera. "Está visto —exclamó— que en adelante los gobiernos de España tendrán también que aprender a partear." Sin embargo, ningún cambio se hizo de momento en la Real Facultad; pero cuando en la mañana del 20 de diciembre de 1851 explicaba su lección en clase el catedrático de Obstetricia, don Tomás de Corral y Oña, se vió sorprendido con inesperado aviso de Palacio; fué allá y poco después, con toda felicidad, nacía la infanta Isabel. A partir de entonces, Corral fué más que el doctor, el amigo de la Real Familia; asistió a la Soberana en todos sus partos, se granjeó el afecto general, y la corte y el gobierno, influído éste por aquélla, colmáronle de mercedes y agasajos, siendo el más señalado la concesión de los títulos de marqués de San Gregorio y vizconde de Oña.

"Las mutuas y repetidas muestras de simpatía —refirió Rodríguez Rubí— que prodigaron las Reales Personas a Corral, y de respetuoso afecto de Corral a las Reales Personas, establecieron entre todos unas relaciones tan cordialmente cariñosas, que los Príncipes miraban y trataban al doctor Corral con la delicada benevolencia que pudieran tratar a un individuo de la Real Familia, mientras que el doctor Corral cuidaba y contemplaba a los Príncipes con un interés, un esmero, un amor como si fueran sus propios hijos. Y estos lazos tan íntimos, formados en tiempo de grandeza, fortuna y esplendor de la Corona, fueron aún más estrechos cuando llegó para la misma la hora de la desgracia. En seis años de voluntaria expatriación, con abandono de todos sus intereses, demostró Corral a su infortunada Reina y Real Familia su noble gratitud y su leal constancia, y

que aquellos lazos formados en la prosperidad, en hombres de su carácter sólo podían ser rotos por la mano de la muerte."

Efectivamente, Corral, cuyo destierro nadie pidió, cuyo nombre no suscitó en la Revolución las iras que persiguieron a otros palatinos, no vaciló en seguir la suerte de sus Reyes, desvelándose principalmente en el cuidado de los regios e infortunados vástagos. Huelga decir que en posición tan íntima dentro del augusto hogar, el ya marqués de San Gregorio debió de oír más confidencias, estar más al tanto de secretos de toda índole que nadie. Pero nada de eso, sin embargo, trascendió a la correspondencia por él conservada, aunque antes y después de la Restauración la mantuviera no sólo con Doña Isabel y Don Francisco de Asís, sino con la ex Reina Gobernadora, el infante don Francisco de Paula, Istúriz, Sor Patrocinio, Marfori, Arrazola, San Luis, Seijas Lozano, Oliván, Egaña, Morante, Benavides, Narváez, etc. Si algo hubo en sus cartas que no debiera llegar hasta nosotros, no llegó. Mas basta con lo que quedó y con las aludidas aportaciones de don Manuel Silvela, casi todas más antiguas que las de San Gregorio, para ver asomarse más de una vez la faz curiosa de la Historia entre las ya amarillentas carillas de algunas docenas de mi *cartera de letras* novecentistas. Sobre todo, la Historia que se tejió en torno de la Revolución de Septiembre.

Ya bullen las agitaciones prerrevolucionarias en algunas cartas que recibió Silvela en los años 67 al 68. Una de ellas es de Miraflores, fechada en 3 de enero de 1867. Narváez, en el poder desde el año anterior, molesto por una protesta de las Cortes contra su disolución, había decretado el destierro de Serrano, presidente del Senado, a Mallorca, y de Ríos Rosas, presidente del Congreso, a Canarias. La Unión Liberal, en cuyas filas se distinguía Silvela, empezaba a distanciarse del Trono. El marqués de Miraflores procuró templar los rigo-

res de don Ramón María, y actuaba de conciliador, previendo lo que se venía encima. En tal espíritu está escrita la carta a que antes aludo:

"No creo del momento —decía a Silvela— en que con tanta razón las pasiones están exaltadas entrar en estériles discusiones. Usted sabe cómo pensé en el fondo del desgraciado asunto en cuestión. Lo mismo pienso hoy, después de estar disipados para mí todos los recelos de una funesta retrogradación; si razones verdaderas o hijas de la impaciencia inclinaban a procurar una variación de Gabinete, el modo tenía un carácter verdaderamente revolucionario que ninguna persona juiciosa podía aplaudir ni aprobar.

Abierta una lucha, cada contendiente debía usar sus medios propios, y el *Garrote* (1), tomando el camino que tomó, no hizo más que seguir sus condiciones de fuerzas materiales para vencer esta nueva sublevación contra su existencia.

¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Eso lo dirá el resultado, dependiente del giro que tome la opinión pública justamente apreciada, pues en cuanto a raciocinios, se pueden hacer, en todas direcciones, apellidando el hecho unos de escándalo y abuso de autoridad, otros de firmeza necesaria contra toda tendencia dirigida a enflaquecer el principio de autoridad.

Yo, que llamo al suceso revolucionario, pienso que el Gobierno que subió al Poder a raíz de una revolución social, a la que no es posible combatir con la fuerza material, debió ver la diversa índole de esta nueva, cuyo carácter meramente político exigía diferente método de oponerse a ella, buscándole el flaco que ofrece la Unión Liberal al recuerdo de haberse propuesto antes y proponerse ahora no dejar gobernar a nadie y aspirando de nuevo al Poder... No me atrevo a hacer vaticinios; pero se presenta a mis ojos un sombrío horizonte, siendo indudable que la Historia tendrá derecho a acusar a todos, perseguidos y perseguidores, y que el tránsito fatal del estado excepcional al normal y tranquilo acrece cada día sus dificultades.

¡Cuánto aventajarían el país y la Reina si haciendo alto las pasiones se venía a la conclusión malograda por la impericia de O'Donnell! Hasta llegar a ello no pueden cesar los inmensos males que pesan sobre nuestra desventurada patria (2).

---

(1) Apodo muy extendido de Narváez.

(2) Alude el Marqués sin duda a que O'Donnell en el Gabinete anterior había dejado suspendidas las garantías constitucionales, en estado de sitio muchas poblaciones y legalizada la dictadura econó-

En todo caso, en Toledo, en Madrid, donde nos hallemos cada cual, puede usted contar con la sincera amistad de su affmo. amigo q. b. s. m.

EL MARQUÉS DE MIRAFLORES."

Silvela, muy identificado por entonces con Ríos Rosas, procuraba influencias para que éste fuera atendido en su confinamiento de Canarias. El desterrado ex Presidente del Congreso se lo agradeció en las siguientes líneas:

"Santa Cruz de Tenerife, 16 de febrero de 1867.

"Querido compañero y amigo:

Miles de gracias por las reiteradas recomendaciones a varias personas de las Palmas en favor mío. Me ha dado usted una nueva prueba de la sincera estimación que me profesa.

¿Cómo le va a usted en esa imperial ciudad? A mí, aquí perfectamente. Clima delicioso, buenos alimentos, buenas frutas, la gente afable y bien educada, más civilización que en la mayor parte de las provincias de España. Anoche, baile en el Casino, muy concurrido, muy animado, mucha elegancia. Concurrió Herrera viniendo de la Laguna (1), que está a una legua de aquí y hemos pasado juntos hasta hoy a mediodía.

Escríbame usted por conducto de mi hermano, deme las noticias más gordas que pesque, dé mis afectuosos recuerdos a O'Gavan y mande a su affmo. q. b. s. m.

ANT.º DE LOS RÍOS Y ROSAS."

Al año siguiente, el tribuno unionista estaba en París; O'Donnell había muerto *saliéndose con la suya* de no volver a ser gobierno con Isabel II, según impía fra-

---

mica; armas de que luego se sirvió Narváez volviéndolas contra su antecesor.

Miraflores preconizaba, como es sabido, una política de inteligencias entre los elementos monárquicos socialmente conservadores, y buscaba adeptos para esta solución en todos los campos. Uno de ellos era, por lo visto, Silvela que por aquellos días se había refugiado en Toledo, huyendo de las agitadas pasiones políticas.

(1) Se refiere a don Cristóbal Martín de Herrera, que había sido en 1866 Vicepresidente de las Cortes disueltas y estaba desterrado también en la Laguna.

se que se atribuyó a esta señora; Narváez acababa de morir también, y la revolución se acercaba a pasos agigantados. González Brabo, desde el Poder, había ganado por 168 votos contra 18 en el Congreso una votación sobre creación de un establecimiento de crédito territorial, proyecto en torno al cual la maledicencia había formado en aquella atmósfera electrizada por las pasiones un cúmulo de malignas suspicacias que, por lo visto, tenían ganado también el ánimo siempre excitable de Ríos Rosas. Este escribía así a don Manuel Silvela:

"París, 3 de mayo de 1868.

Mi querido amigo y compañero:

Por mano de Petano (?) recibí su última carta con los detalles de la crisis ministerial consiguiente a la muerte del general Narváez. Le he estimado a usted estas noticias que no sabe usted cuánto interesan a la distancia y en la situación en que yo me hallo. Las relativas a la sequía y a la lluvia me han hecho reír a carcajadas. ¿Quién diría que asunto tan triste habría usted de manejarlo en términos de alegrar a un difunto? Ya he visto por telégrafo la votación del crédito territorial en el Congreso. ¿Qué puede esperarse después de esto?

Y sin embargo, yo soy tan estúpidamente optimista que espero, y no dejaré de esperar mientras vea que hay hombres (aunque sean muy pocos) altamente colocados que se respetan y no pierden ocasión, en cuanto de ellos depende, de promover el bien. En este número cuento al Marqués de Miraflores en primer lugar. Déle usted mi enhorabuena por su conducta en el último lance (1) y dígale que se cuide porque hace falta que viva otros quince o veinte años. Si yo me atreviese a darle un consejo, o usted se atreviese de su cuenta, debería inclinarle a abstenerse de votar el susodicho crédito territorial...

Siempre de V. affmo.

A. DE LOS RÍOS."

---

(1) Debe de aludir a que, moribundo Narváez, Miraflores visitó a la Reina aconsejándole un ministerio de concentración y a una carta que el Marqués escribió después a la Soberana censurando la designación de González Brabo.

Lo inevitable se precipitaba, la revolución amorfa de septiembre sobrevino. Ríos Rosas, desde la Presidencia del Consejo de Estado y en las Constituyentes, trabajó cuanto pudo la candidatura de Montpensier, prestóse luego a una concentración bajo la presidencia de Prim y en representación de la Unión Liberal fueron al Gobierno Silvela y Martín de Herrera. Juró el Gabinete el 19 de junio de 1869. Al día siguiente recibía Silvela esta esquela:

"Mi amigo: Esta noche a las nueve lo espero a usted en mi casa, donde concurrirá también Herrera. Es preciso que concurra usted. De usted affmo. amigo q. b. s. m.

ANT.º DE LOS RÍOS Y ROSAS."

Fué probablemente en esa reunión de los tres personajes donde se convino en explicar la actitud de la Unión Liberal al prestarse a gobernar con los progresistas, y cuando a Ríos se le preguntó en las Cámaras qué significaban sus amigos en el banco azul, dijo:

—Están ahí para no ser cómplices de la República.

Querían, en efecto, muchos de los revolucionarios de septiembre evitar que la República viniese. Y aunque no estaban conformes en quién sería *el Rey X,* como por entonces se decía, a París fueron Prim y Silvela para tantear la candidatura Montpensier. De la visita de ambos a la capital de Francia hay rastro en mi rincón. Era allí embajador de España don Salustiano Olózaga. También estaba ocasionalmente en París lord Clarendon, que a la sazón era ministro con Gladstone en Inglaterra y tenía amistad con ambos españoles desde los tiempos en que empezó en Madrid su carrera diplomática. Quisieron verle Castillejos y su colega de Gabinete, procurando por medio de Olózaga una entrevista, y de los preparativos de ésta es recuerdo una carta del estadista inglés que dice así:

"Ambassade d'Angleterre, Jeudi le 16 Sept.

Mon cher Olózaga:

J'etais sur le point de sortir quand j'ai reçu votre bon et aimable billet auquel je ne pouvais repondre alors. On m'a dit ce matin qu'un de vos secretaires etait ici pour me demander l'heure a laquelle je pouvais vous recevoir et j'ai repondu a 11 heures demain (vendredi), avec le plus grand plaisir; mais je suppose que mon message ne vout est pas parvenu.

Si cette heure vous convient je serais a votre disposition car je desire vivement vous voir et je n'ai pas besoin d'ajouter avec quel plaisir je verrai le General Prim et Monsr. Silvela.

Malheureusement, un engagement m'empechera de profiter de votre aimable invitación et de la grande satisfaction que j'aurais eu a me trouver encore une fois en Espagne.

Mille bonnes amitiés.

CLARENDON."

Los emisarios españoles volvieron de las orillas del Sena, sin embargo, cariacontecidos y alicortados. El llamado veto de Saint Cloud, puesto por Napoleón III a la candidatura del cuñado de la Reina, cerraba el paso de éste al Trono. En cambio, por Cataluña y Navarra alzaban la cabeza los carlistas, y en una intentona para apoderarse de la ciudadela de Pamplona cayó preso y herido el marqués de las Hormazas. Por él hubo de interesarse San Gregorio, que seguía en la emigración, y Olózaga, que era antiguo amigo suyo, le contestó en la hermosa carta siguiente:

"Mi querido Tomás:

He escrito con el mayor empeño al Regente y al Presidente del Consejo de Ministros para que si el Marqués de las Hormazas es sentenciado a pena capital se la conmuten del modo mejor que les parezca. Les doy todas las razones que se me han ocurrido en apoyo de mi petición y de mi consejo.

Creo que esto es lo único que se puede decir a la familia porque es muy delicado dar esperanzas cuando no está en la mano del que las da el realizarlas. Pero a ti te diré que las tendría muy grandes porque en casos más graves, tratándose de Jefes Carlistas cogidos con las armas en la mano, han podido más mis ruegos desde lejos que la oposición que tenían muy cerca, si el fallo del Consejo

de Guerra de Pamplona no coincidiera con otros de Cataluña. Si allí no perdonan, no podrán perdonar en ninguna parte y lo sentiré con toda mi alma.

Tú no podrás figurarte qué vínculo más fuerte me une a mí con todos los sentenciados a muerte desde que hace más de treinta años estuve al pie de la horca. Por eso tomé con tal empeño en salvar al infeliz a que te refieres, y eso que era un bárbaro asesino (1). ¡Cuánto más gusto tendría en contribuír a salvar a un hombre de bien que, por un camino que a nosotros nos parece errado, buscaba el bien de la Patria! Si lo consiguiera, ni tú ni nadie tendría nada que agradecerme porque has de saber que, después de mis terribles desgracias de familia, no he hallado ni creo que pueda hallar mi corazón más consuelo que el hacer bien a los desgraciados.

Adiós, mi querido Tomás, y cuenta siempre con el cariño que hace la friolera de cincuenta años te tiene tu amigo

SALUSTIANO.

2 de octubre (2)."

---

(1) Olózaga, uno de mis antecesores en la medalla académica, a quien por ello celebro doblemente tener esta ocasión de tributar respetuoso recuerdo, fué encarcelado y preso en las postrimerías de Fernando VII, acusado de conspirar contra el Rey en una sociedad secreta. Condenado a muerte y levantado ya el cadalso, logró huír en romántica evasión favorecida por el cariño de su hermano don José y hasta por la complicidad de la Princesa de Beira, "atraída, cuenta Fernández de Córdoba, por las irresistibles simpatías que a todos inspiraba la gallardía juvenil del reo".

El bárbaro asesino a quien alude fué un tal Murillo, homicida por robo, condenado a pena capital en Francia y a quien espontámente salvó Olózaga la vida. "Yo he estado más cerca de la horca que usted de la guillotina" le decía al invitarle a que se disculpara.

(2) Es de 1869. Olózaga siguió de Embajador en París después de la Guerra del 70 y la subsiguiente Revolución. Derrocado el Imperio, presentó en agosto de 1871 sus credenciales a Thiers, jefe entonces del Gobierno y poco después Presidente de la República. Favre era Ministro de Negocios Extranjeros. Y en 13 de septiembre de dicho año, don Salustiano contestaba a una carta de Corral diciéndole entre otras cosas: "No sé si llegaré a merecer esas calificaciones que debo a tu amistad, pero te aseguro que trabajo más que he trabajado en toda mi vida y que ahora no pienso en nada, absolutamente en nada más que en contribuír en lo poco que yo pueda a la grande obra de la Paz. Por eso, aunque tenía tomada casa en Tours, adonde había resuelto ir Julio Favre, desde

Al cabo, la necesidad de traer un Rey sugirió la candidatura de don Amadeo de Saboya. Pero antes de que cuajara, Prim se desprendió de los unionistas en la famosa sesión de 19 de marzo con su apóstrofe: "*¡Radicales, a defenderse; los que me quieran, que me sigan!*" Retiráronse, pues, del Gobierno Silvela y sus correligionarios, lo cual no impidió a aquél conservar las más correctas relaciones personales con los hombres de la situación. Uno de ellos, Montemar, era ministro de España en Florencia, y próxima ya la elección de rey, Silvela recibió del diplomático progresista, con unas fotografías, la siguiente carta, que como las anteriores poseo:

"Florencia a 4 de noviembre de 1870.

Querido amigo:

Recuerdo que siendo V. mi Jefe comenzó ya la negociación de la candidatura italiana y, aunque respetable siempre la opinión que V. pueda tener en este asunto, he creído que recibiría con gusto un buen retrato del Duque de Aosta y una copia fotográfica del cuadro de la batalla de Custozza, en la que tanto se distinguió este Príncipe.

No sé si podrán interesarle algunos detalles sobre las condiciones del candidato, pero ya que le envío el retrato me limitaré a decirle que es bastante alto, de bella presencia, de suma amabilidad en su trato y de un valor a toda prueba. No hay en esto la menor exageración.

Antes de decidirse a autorizar la presentación de su candidatura leyó detenidamente la Constitución, haciendo algunas observaciones sobre la cuestión de etiqueta de corte, de la cual es bastante enemigo.

La Duquesa es una señora de elegante aspecto y tiene gran instrucción.

En el Piamonte se siente mucho que el Duque acepte, porque es muy querido. Nada más puedo decirle, esperando que reciba esta

---

que éste ha mudado de parecer he resuelto quedarme aquí y espero que todos mis colegas hagan lo propio, Que tú sigas tranquilo con tu familia y, recordándola con afecto, se repite tuyo como siempre tu amigo *Salustiano*."

mi carta como una prueba de consideración al antiguo jefe y de afecto al amigo.

De V. siempre affmo. servidor q. b. s. m.

F. MONTEMAR (1)."

Pocos días más tarde, el 16 de aquel mes, las Cortes Constituyentes elegían para Rey de España al duque de Aosta, y se nombraba una comisión que, presidida por Ruiz Zorrilla, fuera a Florencia para ofrecerle la Corona. España creía liquidar con eso la Revolución. Sin embargo, una preocupación general latía en el ambiente. ¿Cuajaría el rey nuevo? ¿Se cumplirían las siniestras amenazas que pocos días después cristalizaron en el magnicidio de Prim? ¿La dinastía caída sufriría, sin violenta protesta, su definitiva postergación? ¿Topete y los suyos verían sin enojo la ya irremediable frustración de sus ilusiones montpensieristas? Lógico es pensar que más que nadie se formulase a sí mismo estas preguntas, caviloso y reflexivo, en tales horas, el caudillo de Alcolea, S. A. el Regente del Reino, duque de la Torre, pronto ya a dejar vacante su *jaula de oro*. ¡Qué irónicamente, no obstante, parece desmentir ese tan verosímil estado de ánimo una de las antes aludidas cartas de mi vitrina! Cuatro días después de la proclamación del nuevo Soberano, Silvela recibía la siguiente esquelita, de la propia mano del *General bonito*:

"Mi querido don Manuel:

Ha dado a luz la gata, tres han sido los recién nacidos. ¿Usted quiere macho o hembra?

Espera su contestación su verdadero amigo q. s. m. b.

F.co SERRANO.

20, sept. 1870."

¿Sería éste un lenguaje convenido, como sostienen algunas de las pocas personas que conocen el billete?

(1) Don Francisco de Paula Montemar no era título todavía. Víctor Manuel le concedió luego el de Marqués de Montemar y Prim el de Conde de Rosas.

La gata que dió a luz ¿no serían las Cortes? Ningún indicio permite suponerlo. Más creíble es que la afición a los gatos, entonces muy generalizada en la alta sociedad y que culminó en la nutrida colección de ellos que reunió María de Bushental en su hotelito junto al de Prim, en la actual plaza de la Independencia, hubiera contagiado también al firmante y al destinatario de la invitación. Y si parece disonar ésta trazada por tal pluma y en tan solemnes días, acordémonos de la impía observación de Campoamor cuando en su dolora afirma que una vez, en trance de muerte, en vez de pensar en Dios y en su salvación, sólo se le había aferrado a las mientes la infantil canción de su hermana:

Cucu, cantaba la rana;
Cucu, debajo del río.

Pero pensase o no en tales nimiedades el *moribundo* Regente, el hecho fué que, aunque sin ilusión e inaugurándola desastrosamente con el asesinato del conde de Reus, España jugó la partida de Amadeo I. Los corifeos de la Monarquía democrática, como sabido es, hicieron los máximos esfuerzos por atraerle simpatías, y de la frustración de uno de esos tanteos catequizadores hay un parlero testimonio entre los papeles que conservo. Gran amistad y relación profesional unía de tiempo atrás a dos lumbreras del foro madrileño, don Manuel Cortina, figura saliente además de la política prerrevolucionaria, y don Valeriano Casanueva, marido de una hermana de los Silvelas. Pretendieron los amadeístas, con el espejuelo de la flamante Orden de María Victoria, cazar alondras en el campo de la alta intelectualidad, y al par que otorgaron las primeras grandes cruces a Campoamor, Colmeiro y Ayala, ofrecieron otra a Cortina. Este se apresuró a declinar la honra, según cuenta en una cartita a Casanueva, en la que le dice:

"Querido amigo y compañero:

Ya que ha visto usted algunas etapas de mi vida política, le envío el documento en que está consignada la última y la corona

por entero (1). Siento que no entrase usted el día en que vino a verme; no era obstáculo que estuviese en cama.

De usted spr. affmo.

M. CORTINA."

Y el documento adjunto era la copia de una representación al Gobierno que decía de esta manera:

"Excmo. Sr.: He recibido el atento oficio de V. E. en que se sirve comunicarme que S. M. se ha dignado hacerme la concesión de la Gran Cruz de María Victoria, con todo el agradecimiento que merece tan señalada distinción; y tengo el sentimiento de decirle que me es imposible aceptarla.

Más de una vez me he negado a admitir títulos y condecoraciones que en el último Reinado se quiso con empeño darme, ya por los servicios particulares que tuve la honra de prestar a S. M. la reina doña Isabel 2.ª, ya por los políticos durante mi larga carrera, ya por mis ímprobas y laboriosas tareas como Presidente de la Comisión de Codificación, de lo cual encontrará V. E. un testimonio oficial en la *Gaceta* de 12 de febrero de 1861.

Sería ahora poco decoroso para mí y equivaldría a un desaire a la última Reina, a la que siempre debí atenciones, que hoy menos que nunca me sería dado olvidar, admitir una Gran Cruz, que por otra parte nada he hecho para merecer.

Y me permito rogar a V. E. que si se publicó su concesión, se publique también esta contestación, para evitar equivocadas interpretaciones de mi negativa, no teniendo, como no tiene, otra significación que la que dejo indicada, y siendo, como es, hija de mi constante propósito de tributar siempre una especie de culto a la desgracia.

Dios, etc."

Los borbónicos, por su parte, no cesaban de trabajar para que tal desgracia cesara. Y para facilitar la Restauración, Isabel II había abdicado en el Príncipe de Asturias. Pero no creyéndose esto bastante, se resolvió más tarde que la Reina destronada entregase a su madre

(1) Cortina era hombre de letra *aviesa,* como decía el padre Guevara de la de don Pedro Girón, menudita y complicada con caprichosas abreviaturas. Así esta última frase y alguna otra han tenido que *traducirse* por aproximación, sin persuasión de haber acertado por completo al hacerlo.

doña María Cristina la jefatura de la Real Familia y la dirección política del futuro Monarca, acordándose asimismo que para que esta resolución tuviera toda la resonancia apetecible, se convocara a varios conspicuos personajes a una reunión que se celebró en el Palacio Basilewsky el 23 de septiembre de 1871. Por entonces, San Gregorio se hallaba en Deauville con las infantitas y doña Isabel informó a su leal servidor de lo sucedido en la Junta, dirigiéndole una circunstanciada carta vibrante de noble sinceridad, que como documento histórico es quizás la pieza culminante de mi archivo. He aquí su texto:

"París, 26 de septiembre de 1871.

Querido Corral:

Espero que creerás que el no haber contestado antes a tus tres cariñosas cartas ha sido solamente por lo muchísimo que he tenido que hacer estos días.

¡Cuántas emociones distintas ha sentido mi corazón! Un mechón de canas me ha salido, y una noche en particular me encontré en tal estado y tan preocupadísima que creí que amanecía con toda la cabeza tan blanquita como la tiene mi doctor, el leal y querido amigo mío el Marqués de San Gregorio.

La junta o reunión que ha habido aquí ha sido una cosa magnífica y ya sabes tú que, aunque impresionable, juzgo las cosas como son. Hombres políticos de varios partidos, la grandeza en masa, todos se han apresurado a rendirme un tributo de amistad y de lealtad en la desgracia, y lo que más les agradece mi corazón es que todos han dejado a un lado sus rencillas y todos han aparecido unidos como un solo hombre.

¡Qué rato pasé, querido Corral, al verme rodeada de más de 70 personas que habían llegado a probarme su cariño y lealtad y ver aclamar a mi Alfonso por todos, y viendo a mi Madre a su edad hacerse cargo de la política, y teniendo yo que decir lo que he dicho y teniendo que hacer el sacrificio para mí grandísimo de separarme de mi hijo para que vaya a un colegio! Creo que un poco de corazón he necesitado para decir lo que he dicho, pero con mi corazón he hablado y estoy contenta, pues los corazones de los demás han respondido.

Tengo que decirte que la banca también ha tenido su representación, y todos los demás capitalistas se han adherido.

Dile a la Marquesa viuda de Peñaflorida que su yerno como

siempre se ha portado admirablemente (1). Bien es verdad que todos a porfía me han dado muestras de su consecuente adhesión. El Duque de Sexto, admirable. Ya te mandaré los discursos pronunciados por él y por la comisión que la Junta nombró que presidió el Marqués de Molins. Ha dicho Nigra (2) que su príncipe (3) en España no ha podido ni cree que pueda reunir lo que doña Isabel de Borbón ha reunido después de tres años de emigración. Todas las principales casas de España estaban aquí representadas y los que no han venido se han adherido por escrito.

O'Ryan (4), Dios se lo pague, hace el sacrificio de acompañar a Alfonso y de estar con él cuando esté en el Colegio. Esto me sirve a mí de grandísima tranquilidad.

Ya ves con tantas emociones si me habrán venido bien las palabras cariñosas que mis hijas de mi corazón en sus cartitas me ponen; dales las que para ellas te envío. ¡Cuánto deseo verlas! Y cuánto deseo veros a todos. A tu excelente familia diles tantas cosas de cariño por mí y por Alfonso que se está portando como un hombre y que para ti me encarga sus afectos. Dáselos míos a todas las señoras, a Carmen (5), Amalia (6) y Enriqueta (7) y dile a Carmen que Cristina (8) paga mis nervios.

No sé si mañana nos veremos. Si no, será pasado.

Te doy infinitas gracias por cómo cuidas a mis hijas y por las noticias que de ellas me das, y recibe la expresión del grandísimo cariño que de corazón te profesa

ISABEL."

Como consecuencia de tal Junta el príncipe Alfonso ingresó algún tiempo después en el Colegio Teresiano

(1) La Marquesa viuda de Peñaflorida era doña Amalia Núñez de Castro, dama noble de María Luisa desde 1861. Su yerno era don Domingo Achával y Ochoteco.

(2) Constantino Nigra, luego Conde de Nigra, ministro de Víctor Manuel en París.

(3) Don Amadeo.

(4) Don Tomás O'Ryan y Vásquez, ya prestigioso ingeniero militar y pedagogo, luego Ayudante de Alfonso XII y su Ministro de la Guerra.

(5) Doña Carmen Machín, Marquesa de los Remedios desde 1867.

(6) Doña Amalia Justiniani, Marquesa de Peñaflorida y esposa del señor Achával, citado en nota anterior.

(7) La señora de Zea.

(8) Doña Cristina Sorróndegui, luego Condesa de Sorróndegui desde 1886.

de Viena, y en el invierno del año siguiente fué a visitarle San Gregorio, quien desde allí dió noticias a la ex Reina no sólo del hijo, sino del estado sanitario de la capital acerca del cual corrían alarmantes rumores. La madre le contestó en los siguientes términos:

"París, 13 de noviembre de 1872.

Corral: Veo por tu carta que mi Alfonso querido había empezado sus estudios con grande afán. No lo dudo, pues sé que él conoce lo que en estos tiempos es necesario a los Príncipes ser instruídos y saber ser *todos unos hombres de provecho* si las demás gentes los han de respetar por ellos y porque ellos mismos sepan imponerse por su valor personal, por su saber y por su inteligencia.

Te encargo que des a mi hijo un abrazo por mí y por sus hermanas que para ti me encargan sus cariños. Todas, gracias a Dios, están buenas. La pobre Miss Morison ha estado malísima. Ahora está mejor; la asiste el doctor Bochu. El pobre chico de Campo Sagrado, el Pepito, ha estado y está a la muerte, pero ya tiene a su lado el médico de Oviedo y mi reliquia de la Santa Reyna de Nápoles y yo espero que Dios querrá conservárselo a sus Padres. Me enviaron a preguntar del Havre (1) si tú estabas aquí, y yo les dije que seguías aún en Viena.

Por lo que en tu carta me dices veo que el estado sanitario de Viena es bueno, pero lo que no me hace gracia ninguna es la cercanía del cólera. Dios haga no llegue a esa ciudad.

Yo creo que como ahora, gracias a Dios y a la Virgen, no hay nada que ofrezca cuidado, puedes venirte y quedarte en Munich unos días para verlo y luego venir a París. El estar o no estar el día de Santa Isabel aquí no te preocupe, pues sabes que sé que me deseas y nos deseas a todos todo género de venturas, como tú sabes que yo te deseo a ti y a los tuyos cuantas felicidades en este mundo pueda haber.

Te remito dos letras mías para el excelente Adalberto (2) que te ruego le entregues en Munich. Deseo que allí veas el Palacio Real Nimphemburgo, los museos, y que te pasees en trineo.

---

(1) El Havre era la residencia de la Reina Cristina.

(2) El Príncipe Guillermo Jorge Luis Adalberto de Baviera, casado con la Infanta de España Amalia Felipa Pilar, hermana del rey don Francisco de Asís. Fué el padre del Infante don Luis Fernando, marido de la Infanta Paz.

Di a Eugenio (1), dándole los días en mi nombre, y en el de mis hijas, cuanto quieras de cariño por mí, y tú recibe la expresión del mucho que de corazón te profesa tu affma. y agradecida amiga

ISABEL.

Sabes que tengo el olfato fino y que huelo todo aunque de lejos. Así, me se figura que has tenido que hacer uso ahí de *dulcificantes*. Aunque el Marqués de Alcañices se venga directamente desde Viena, tú puedes quedarte en Munich los días que juzgues oportuno, pues creo que tú y Eugenio ya sabréis venir aquí solitos."

Más tarde Corral tuvo que trasladarse a Madrid desde donde frecuentemente escribía a su reina. A una de sus cartas contestó doña Isabel con la siguiente:

"París, 3 de febrero de 1873.

Corral: Gracias por tus cariñosas cartas y por darme tus noticias. ¿Crees que te he olvidado? Eso no puede ser nunca, te recuerdo siempre con mucho cariño y gratitud.

De Alfonso tengo excelentes noticias, te recuerda siempre mucho. El médico del Theresiano te escribe y te remito la carta. Me he permitido abrirla, por ser cosa que interesa a mi hijo, sino no lo hubiera hecho.

Ya sabrás la muerte del pobre Duque de San Ricardo (2), me ha afligido mucho esa desgracia. Ha sido muy de repente. Mi marido, como es natural, está afligidísimo. El doctor Fovel parece ser que es el que ha asistido al pobre Ricardo. Se ha lucido...

Mis hijas las cuatro te envían sus cariños, y yo con toda la vehemencia de mi corazón y de mis nervios te repito que te quiere mucho y muy de veras.

ISABEL.

A tu mujer, hijos e hijas y yernos y nietos, mis cariños. ¿Cómo está la Eulalia chiquitita? (3). La Eulalia de aquí pregunta cuándo viene Corral. ¿Cuándo será? A los amigos de ahí tantas cosas."

---

(1) El primogénito de San Gregorio que le acompañaba en el viaje.

(2) San Ricardo era don Ricardo María Arredondo, Duque desde 1864, hijo del matrimonio morganático del Infante don Francisco de Paula con una ex bailarina, Teresa Arredondo, y por tanto hermano del rey Francisco.

(3) La Eulalia chiquitita era una nieta de Corral, hoy Marquesa de Santa Eulalia, título creado en 1868 a favor de la mayor de las hijas de San Gregorio. La "de aquí", la Infanta.

Posteriormente, San Gregorio sigue recibiendo cartas del Palacio de Castilla, como ya llamaban al Basilewsky, donde empieza a acentuarse la nerviosidad hasta el extremo que un día por excepción, el 9 de junio del mismo año, doña Isabel recurre a mano ajena para dar un pésame a su médico por la muerte de un nieto, Pero le dice de postdata entre triples admiraciones:

"¡¡¡Qué nervios tengo!!! Por eso no te escribo de mi letra. Otro día lo haré; tú sabes que a ti y a tu familia os quiero muchísimo."

Y como el cariño era sincero, pero las angustias económicas de la corte desterrada eran cada vez mayores, se adivina la emoción con que está escrita y sería leída la carta siguiente que vino bajo un sobre con esta excepcional dirección: "Para el marqués de San Gregorio, siempre mi médico y querido amigo".

París, 6 de octubre de 1873.

Querido Corral: Te pongo estas líneas para decirte que, aunque por razones de economía, me he visto en la dura necesidad de suprimir casi todos los sueldos de antiguos empleados de mi casa y de reducirme a vivir con grande estrechez, no por eso te considero yo fuera de mi casa. ¿Pueden estar fuera jamás los amigos? Y además, ¿puedo yo consentir jamás que deje de pertenecer a mi casa el distinguido, inteligente e ilustrado Marqués de San Gregorio?

Conozco tu desinterés, tu cariño y tu lealtad para nosotros de que nos tienes dadas tantas pruebas, y así me complazco en repetirte que sigues siendo siempre mi médico y el de mis hijos, agradecidos como yo a como nos has cuidado y al cariño que nos has demostrado.

Sabes también que te deseo a ti y a tu buena familia cuantas venturas en este mundo puede haber, como merecéis, y que puedes contar siempre con el mucho cariño que os profesa tu afectísima y agradecida amiga

ISABEL."

En efecto, el quebranto que económicamente representase en los ingresos del doctor Corral la determinación a que esta carta se refiere no entibió en lo más mínimo su devoción a la señora ni la de ésta y los suyos

al consecuente amigo. Siguió, pues, cruzándose la más efusiva correspondencia entre la Reina y su *siempre médico,* una de cuyas muestras es esta otra carta en la que, de pasada, le ratificaba su mayor confianza en él como cliente:

"París, 15 de diciembre de 1873.

Querido Corral: Gracias infinitas por tus dos cartas, muy lacónicas y por tus felicitaciones por mis días y los de mi Isabel y por el cumpleaños de mi Alfonso de mi corazón...

De salud, yo estoy bien gracias a Dios y a la Virgen pero he tenido una gripe fuertísima, y como estos médicos de aquí no me entienden como mi querido Marqués de San Gregorio... recurrí a la Homeopatía, no te horrorices (1) y me ha ido bastante bien. Ya hace tiempo que no veo médico ninguno, de lo cual doy infinitas gracias a Dios y a la Virgen. Excuso decirte el gasto de antistérica y de eter que habré hecho.

Dime algo de lo que por ahí pasa. Aquí estamos en el limbo, haciendo votos porque haya paz en nuestra amada Patria y que mi Alfonso sea el iris de paz de ese país y que todos nos veamos reunidos en España pronto.

¿Has visto qué desgracia tan horrible han tenido mis hermanos los de Montpensier con la pérdida de su hijo mayor Fernando? Ha sido espantoso. Yo creo que ha sido el sarampión que se le metió dentro. Dios y la Virgen nos preserven a todos de desgracias semejantes.

Adiós, Corral, piensa en los que por aquí estamos y tanto te queremos. Abraza a tu mujer con el mayor cariño por mí, da memorias *a los amigos* y tú ya sabes te quiere siempre muchísimo y te recuerda siempre y desea verte tu amiga

ISABEL.

Mis hijas te envían sus cariños. De Alfonso tengo excelentes noticias."

Los amigos —¡sabe Dios en quiénes pensaría la desterrada cuando subrayaba estas palabras!— estaban cada vez más esperanzados. Si a ella la tenían en el limbo, y quizás hacían bien, ellos hacían ya todo lo posible por salir del purgatorio. Y la mano de Pavía, el 3 de ene-

(1) Corral era adversario de este sistema, que refutó en una serie de lecciones recopiladas en un folleto titulado *La Homeopatía ante el criterio y el sentido común.*

ro siguiente, les entreabriría las puertas del Cielo. En una lontananza, cada vez más próxima, empezaba a columbrarse el avance de la juvenil silueta de Alfonso XII, gallarda, animosa y plena de comunicativa simpatía. Calcúlese, pues, la ufanía con que a fines de febrero mostraría el doctor Corral a sus íntimos la carta siguiente, trazada con firmes rasgos de seguro puño y redactada con familiar ingenuidad, donde a despecho de candorosas observaciones y rebatibles juicios se advertía ya la despejada inteligencia del regio mozo que sólo contaba dieciséis años:

"Estimadísimo Corral:

Doy a V. mis más sinceras gracias por su felicitación del 23. No esté V. demasiado enfadado de que no le haya escrito en todo este tiempo; pero habiéndome visto trabajar aquí, sabe el poco tiempo que me queda libre y además no necesito asegurarle lo que no ignora, que como yo no soy ingrato no puedo dejar de quererle ni olvidarle, después de haberle hecho rabiar tantas veces cuando chico.

El otro día vimos Morphy y yo la ópera de Wagner "Die Meistersinger von Nuremberg" que de seguro no le hubiera gustado a usted como el "Tanhauser", pues es ridícula. Figúrese V. que todo un acto se pasa en la tienda de un zapatero entre las diferentes personas que se hacen tomar medida; viene una princesa y apenas se ha quitado un zapato, cuando le dibujan el pie, que entra el novio y ella se queda con un pie en el aire sin poder ir a abrazarlo. Un médico de Munich, Puschmann, acaba de publicar un estudio suyo en que quiere probar que Wagner está loco.

Hasta hace pocos días ha habido en la exposición permanente que hay a orillas de la Wieden, esa caricatura del Manzanares que es cuanto se puede decir, uno de Makart, un pintor de aquí que, según la crítica, es uno de los mejores que se han pintado últimamente. Viene a ser del tamaño de las Bodas de Canaan de Paolo Veronese, que está en el Louvre. Representa Venecia prestando homenaje a Catalina Cornaro: tiene del Tiziano y de Paolo Veronese y es riquísimo de colorido y expresión (1).

---

(1) El cuadro así descrito es el denominado *Triunfo de Catalina Cornaro,* hoy en el Museo Moderno de Berlín, cuyas características corresponden con los juicios del entonces Príncipe. Makart estaba en el apogeo de su popularidad.

Salude V. por mí a su familia, diga tantas cosas afectuosas a Marcelo (1) y sabe queda suyo affmo.

ALFONSO DE BORBÓN.

Viena, 18 de febrero 1874."

Cierra esta carta en mis papeles (que muchos de ellos lo son desde que en vida me los regaló mi cuñado Eugenio Silvela) el período revolucionario, aunque de él he omitido otras firmas prestigiosas. Y la falta de espacio me advierte ya que debo salir de mi rincón, dejando para otra vez entresacar de los posteriores, más abundantes y no exentos de interés, algunos curiosos recortes y relieves de la historia contemporánea. Viven entre ellos —sin contar con los que felizmente viven todavía de veras— muchos hombres preclaros del inmediato ayer. Así, de las regiones de la política en los días de la Restauración y de la Regencia, han dejado la traza de su firma en mi *escrinio* Cánovas del Castillo, Posada Herrera, Sagasta, Francisco Silvela, Castelar, Martos, Canalejas, Pidal, Cascajares, Villaverde, Dato; no hay que decir si Maura, cuyo retrato, con un boceto de acuarela y un autógrafo, pende encima del sillón desde el cual manoseo el contenido de mis gavetas o bandejas. Unos se limitaron a dejar allí su nombre; otros, pensamientos, frases, repercusiones de sus actos públicos o insignificancias del vivir privado. Las armas —don Ramón Cabrera, los Conchas, Martínez Campos, don Fernando Primo de Rivera, Polavieja— no riñen de verse juntas con las letras, representadas por Zorrilla, Velarde, Eusebio Blasco, Thebussem, Fernández Shaw, etc. Y el *eterno femenino* de todo el siglo XIX —la condesa de Mina, doña Concepción Arenal, sor Patrocinio, la duquesa de Santoña, la de Cánovas, alguna que otra dama más— matiza como una nota de delicadeza la varonil sequedad del conjunto.

No sé la suerte que el porvenir tendrá deparada a

(1) El hijo menor de Corral.

todo este heterogéneo papelorio. Pero yo aconsejaría a mis descendientes que, aunque fueran poco afectos a papeles, los guarden. En el ojo del boticario o en el desván; pero que los guarden en obsequio de sus sucesores. El progreso, a fuerza de máquinas e inventos, va acabando con los autógrafos y casi ha acabado ya con las cartas. Paul Morand ha observado, y he tenido reciente ocasión de comprobarlo, que en los Estados Unidos nadie escribe ya una carta. El norteamericano telegrafía, cablegrafía, radiografía, os abruma a mensajes telefónicos, invitaciones por el micrófono, telerradios, *christmass* y *greetings*. Pero no escribe casi nunca y no manuscribe jamás. Y como eso irá sucediendo en todas partes, dentro de un siglo los autógrafos serán de rareza tanta como hoy lo son los espejos de metal y los velones de cuatro candiles; y dentro de dos, quien halle una firma original al pie de un documento lo considerará invención tan dichosa como ahora la de una fíbula visigótica o un hacha de sílex.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.